



El relato criminal como escenario de valores y lugar de reconocimientos

The Criminal Story as a Stage of Values and Place for Recognition

Francesc Barata^(*)

Universidad Ramon Llull - España

Resumen

El presente artículo explora la visibilidad mediática de las tragedias personales –especialmente los hechos de sangre– como espacio de mediaciones entre las ideas penales y lugar de exploración de las angustias colectivas. Su autor sostiene que el actual ethos punitivo de mano dura contra el delito necesita de los arquetipos criminales que difunden las industrias culturales, centrados en las biografías de los desviados y desprovistos de los contextos necesarios para la comprensión del fenómeno delictivo. Los medios ayudan a construir una sociedad centrada en el delito, pero si tales relatos fascinan tanto a la población es porque, además de esa dimensión ideológica, aportan un lenguaje simbólico para relacionarnos con el sufrimiento humano y la transgresión. Desde esta perspectiva, se trataría de narraciones que remiten a

Abstract

This article explores the media visibility in peoples' tragedies –especially violent crime– as a mediation space between the criminal ideas and as an exploration spot for collective distress. The author holds that the current tough hand punitive ethos against crime, needs the criminal archetypes spread by the cultural industries, which are centred in the biographies of those deviated and devoided of the necessary contexts to understand the criminal phenomenon. The Media contribute to the building of a crime oriented society, but if these stories captivate people to such extent, it is because, besides from that logical dimension, they also provide a symbolic language that links us to human suffering and transgression. From this perspective, they are accounts which refer to evil, to death constantly stalking and to the dangers that make us

lo maldito, la muerte que acecha y los peligros que nos angustian. Cadena de fantasmas y sueños de un pensamiento primario que se activa más allá de los faros civilizatorios. Relatos que interpelan muy directamente a las regiones más oscuras de nuestra emocionalidad y que, aunque cueste reconocerlo, ayudarían a relacionarnos con la violencia.

Palabras clave: *mediación comunicativa, relato criminal, peligro social, pensamiento primario, arquetipo.*

anxious. These constitute a chain of ghosts and dreams of a primary thought, activated beyond the civilising beacons. Stories that straightforwardly question the darkest corners of our emotions and also, even if it is hard to accept it, stories that would help us relate to violence.

Keywords: *communicative mediation, criminal story, social danger, primary thought, archetype.*

Hubo un presente no muy lejano en que las televisiones de México transmitieron en directo -en horario de máxima audiencia- el linchamiento de tres policías que, tras ser confundidos por secuestradores de niños, fueron golpeados hasta desfallecer y dos de ellos quemados en una pira improvisada mientras el gentío contemplaba el espectáculo y sentía cercano el olor de la carne quemada¹. Este acontecimiento refiere uno de los rituales violentos más impactantes que han difundido los medios de comunicación en los últimos años y hace pensar en el significado actual de la visibilidad mediática de las tragedias humanas. Una realidad que es mostrada con una contundencia tal que no basta con la crítica salida del *buen pensar* para comprender el mal y sus correspondientes mediaciones. ¿Qué nos están diciendo estas imágenes violentas? ¿Qué usos hacen de ellas los actores sociales? En definitiva: ¿cómo comprenderlas en términos sociológicos? Son algunas de las reflexiones que han impulsado la elaboración del presente ensayo.

La primera constatación que podemos hacer es la potente fascinación que ejercen en las sociedades actuales los hechos de sangre, la tragedia y el dolor. Una atracción que aumenta conforme el individuo está menos sujeto a los *faros civilizatorios* que guían la razón.

Aunque no es nueva, esta visibilidad mediática y mediatizada de la tragedia se ha revitalizado en las dos últimas décadas, en paralelo al progresivo debilitamiento de los grandes rituales colectivos del dolor, tanto en el aspecto simbólico como en el real. Pareciera que esta sociedad huérfana de rituales trágicos se aboca a su consumo mediático, una especie de sucedáneo de la realidad. Así, podemos constatar cómo el mal y la desdicha se manifiestan en los medios de múltiples formas: *la violencia personal, el accidente*, las llamadas *tragedias naturales* y aquellas *otras desgracias* de contornos difusos. Todas ocupan un lugar destacado, tanto en los informativos que dan cuenta de la realidad con *formas objetivas*, como en los programas de ocio que juegan con la ficción.

La violencia personal, especialmente en su manifestación más trágica, es una de las grandes fijaciones mediáticas. Crecimiento universal, tanto en los países con elevados índices delictivos como en aquellos otros

¹ Ocurrió en la pequeña localidad de Tláhuac, México Distrito Federal, el 23 de noviembre de 2004.

donde han disminuido, como ocurre en los más desarrollados². Lo nuevo de esta escenificación mediática de la violencia es que podemos verla presente en la prensa popular y en la llamada prensa seria o de referencia. Un ejemplo lo tuvimos el pasado verano con el *caso Madeleine*, al que los medios europeos de más prestigio hicieron un seguimiento que, por momentos, en lo referido al espacio noticioso, podía equipararse a la prensa sensacionalista. Durante el mes de septiembre, el diario *El País* reprodujo el tema cinco veces en portada. De las doce fotografías que publicó sobre hechos violentos en su primera página, ocho hacían referencias a violencias personales. Noticias como “Un hombre abrasa a su esposa con ácido en plena calle en Madrid” o “La inmolación de un inmigrante desesperado”. En el universo violento reproducido por *El País*, las violencias personales de sangre estuvieron por delante de todas las demás tragedias que se dieron en el mundo.

El accidente es otra de las grandes categorías noticiosas, sobre todo en el ámbito televisivo, ocupando un lugar predominante en los informativos y en los programas de entretenimiento. En estos últimos cabe destacar los que muestran, de forma reiterativa, vídeos domésticos de los más inverosímiles accidentes que ocurren en la cotidianidad. Algo parecido pasa con las *tragedias naturales*, tan presentes en las áreas informativas de los asuntos internacionales, donde los países aparecen más por las desgracias que sufren que por los asuntos políticos que rigen su futuro.

Asistimos a una hipervisibilidad del dolor, muestra desproporcionada de la tragedia, que ha sido referida por Gérard Imbert como un verdadero *panopticom* fascinado en mostrar la parte maldita y las intimidades de la sociedad (véase Imbert, 2004).

Insistimos, lo más novedoso de este proceso es el hecho de cómo el drama trágico permea en aquellos escenarios mediáticos que tradicionalmente se mostraban poco dados a este tipo de informaciones: la prensa influyente fiel a un pensamiento ilustrado que rechazaba el sensacionalismo y la exageración. En el caso español, dicha prensa rompió hace años con el pudor que existió hacia la nota de sucesos, un rechazo salido de ambientes intelectuales que nunca atinaron a comprender, en su justa medida, las formas expresivas y los *gustos feos* de los sectores populares. El

² No hay que confundir la disminución de los delitos de sangre con el aumento de los pequeños delitos y las infracciones penales que se castigan con penas pecuniarias.

suceso trágico fue relacionado con la España negra, el reverso de la modernidad democrática reivindicada.

Este cambio se gestó en la segunda mitad de los ochenta, cuando el suceso sangriento comenzó a penetrar con fuerza en la prensa salida de la democracia, y acabaría consolidándose en la década de los noventa. Los motivos para entender esta expansión y su posterior asentamiento podemos indagarlos en el interés social por el consumo de relato trágico, sus fáciles condiciones de producción y las tendencias predominantes en la actual cultura mediática.

1. EL INTERÉS SOCIAL

Resulta indudable que hay una demanda social de relato dramático, una vieja tendencia revitalizada al calor de las nuevas industrias culturales. Nunca habrá que olvidar que las primeras manifestaciones escritas de la cultura popular, los llamados pliegos de cordel o romances de ciego, tuvieron en el relato trágico una de sus vetas más fructíferas. Tales impresos -un pliego de hojas cuyas narraciones eran cantadas por ciegos- fueron una narratividad de tipo mítico, nutrida de hechos y de fantasía, que sobrevivió al racionalismo y su posterior reinado positivista. Los primeros en seducir a las amplias capas populares que llegaban al mundo de la lectura; narraciones creadas tanto para ser escuchadas como para ser leídas pues hicieron de tránsito entre la cultura oral y la cultura escrita. Veta de la tradición popular donde encontramos los estilos narrativos que después definirían al moderno periodismo popular.

Con lenguaje desmedido, que pretendía causas sensación, emoción y espanto, narraban sucesos que iban desde los hechos de sangre a los acontecimientos sobrenaturales, pasando por las tragedias naturales que sólo podían entenderse como castigo divino. Un pliego impreso en Barcelona en 1852 decía: "Horroroso parricidio cometido por Mauricio Beltrán, el cual hizo asesinar a su padre por manos de unos asesinos, dándoles doscientas libras catalanas y algunas cuarteras de trigo por el asesinato. Los malvados ahorcaron y quemaron vivo a aquel infortunado padre el día 27 de julio de aqueste presente año, con lo demás que verá el lector..." (Archivo de la Biblioteca de Catalunya, Ro/1568).

La presencia de estos relatos se vio impulsada por el espíritu noticiero que contagi3 toda Europa a partir del siglo XVI (Weill, 1994: 11), creciente deseo de comunicar sucesos con regularidad, avivado por la demanda social y el negocio de la imprenta. Junto a los pliegos de cordel estaban los volantes y las hojas sueltas de todo tipo que se imprimían “por millares y los vendían en las calles charlatanes y vendedores ambulantes. Ofrecían a la gente una valiosa fuente de informaci3n sobre acontecimientos cercanos y lejanos”, explica John B. Thompson (véase 1998: 95). Tu vieron una aceptaci3n tan grande entre las capas populares que ha despertado un gran inter3s entre los investigadores. Fueron la literatura del pobre.

Esa atracci3n social por los hechos de sangre fue tambi3n el elemento m3s destacado que impuls3 la prensa de masas a finales del XIX. Con sensacionales cr3nicas de tragedias humanas consiguieron los diarios tiradas espectaculares a la par que incorporaban al pueblo llano al h3bito de su lectura diaria. Los medios alcanzaron tiradas extraordinarias. Uno de los casos m3s representativos fue el diario franc3s *Le Petit Journal*, aparecido en 1863, que se convirti3 en el primer rotativo de masas con la espectacular cobertura informativa que hizo del *caso Troppmann*, ocurrido en septiembre de 1869 cuando fueron descubiertos seis cad3veres, entre ellos una niña de dos años, enterrados en el parque de Pantín. Los detalles de esas muertes y la personalidad del asesino llenaron decenas de p3ginas. La primera nota que *Le Petit Journal* public3 en portada iba encabezada con el título: “Horrible crimen en Pantín”, y decía que “París est3 alarmado por el descubrimiento de los cad3veres de seis vÍctimas del horrible crimen, como se sabe de una ferocidad inusitada” (referido por Buck-Morss, 1995: 162). El suceso se convirti3 en acontecimiento nacional, familias enteras viajaban desde provincias a la capital para ver la escena del crimen y muchas otras lo hicieron para asistir a las largas sesiones del juicio. M3s inter3s produjo la ejecuci3n del sentenciado, hecho que impact3 a muchos de los escritores de la 3poca, entre ellos Iván Turgueniev, entonces en París, que fue invitado a ver el reo antes de su ejecuci3n y a estar a pocos metros de la guillotina, un privilegio que tuvieron muy pocos, en su mayoría periodistas. De esa experiencia saldría el minucioso testimonio que el escritor ruso presenta en forma relato novelado:

“El ruido de la multitud era cada vez m3s fuerte, m3s compacto e ininterrumpido. Hacia las tres de la mañana (...) se habían reunido ya m3s de veinticinco mil personas.

El ruido que organizaban me sorprendía por su semejanza con los bramidos del flujo y el reflujo del mar, el mismo infinito crescendo wagneriano que no asciende regularmente sino con grandes murmullos y gigantescos derrumbes.

Las notas agudas de las voces de las mujeres y de los niños surgían como finas salpicaduras sobre un zumbido colosal. En todo ello se ponía de manifiesto la potencia brutal de una fuerza de la naturaleza. A veces se amortigua por un instante, como si se recogiera y se durmiera... y, de repente, aumenta, se hincha y retumba como dispuesta a lanzarse y a desgarrarlo todo, retrocede, se calma poco a poco y después vuelve a aumentar... en un continuo sin fin. ¿Qué significa este ruido?, pensaba yo. ¿Impaciencia? ¿Alegría? ¿Odio? No, no es el eco de ningún sentimiento individual humano. Es, sencillamente, el ruido y el fragor de la naturaleza" (Turgueniev, 1999: 34).

Con paciencia podríamos seguir rastreando la presencia del relato trágico en el desarrollo de la cultura de masas y las industrias culturales y muchos serían los ejemplos de lo que venimos diciendo. Así pasó con el teatro de barraca, como también con la novela popular que tanto impacto social produjo en la segunda mitad del siglo XIX. Descubriríamos también su presencia en el primer cine y su posterior consolidación en el siglo XX con las industrias electrónicas de la comunicación. En este amplio manto de la cultura popular destaca la fascinación por la tragedia, la violencia y la visión del sufrimiento. Como nos dice Jesús Martín-Barbero en *De los medios a las mediaciones*, la lección está ahí para quien quiera y pueda oírla, el melodrama como la forma más genuina de la cultura popular. Y después de esta constatación, la pregunta surge inevitable: ¿qué nos está diciendo esa fascinación?

2. LOS ARQUETIPOS DEL PELIGRO SOCIAL

Proponemos dos niveles de análisis que operan sobre un mismo plano, pero no un plano fijo sino aquel otro que a modo de superficie marina estaría en movimiento constante, donde las corrientes profundas se mezclan con las de la superficie, lo visto con lo oculto. Diversidad y unicidad al mismo tiempo, partes diferentes que acaban comportándose como un todo. Un nivel nos lleva al análisis de los relatos trágicos como fuente de conocimiento racional, mediante la visibilidad de cosas y acciones que

transmiten valores, arquetipos y modelos cognitivos. El otro refiere elementos más etéreos que conectan con las experiencias individuales y colectivas del sentir: el campo de lo no dicho que bajo la simple apariencia del entretenimiento aporta una forma de experimentar las emociones.

Ambos aspectos se expresan con formas y lenguajes diferentes, pero los dos median en nuestro devenir social. Una mediación que, como dice Manuel Martín Serrano, impone límites a lo que puede ser dicho y a las maneras de decirlo (véase Martín Serrano, 1977). Unas formas resultan fáciles de reconocer, otras escurridizas al pensamiento racional; ambas siempre conectadas al significado originario del vocablo *palabra*, es decir *parábola*, lo que evoca y semeja. Conducen al juego del mirar, que es tener miramiento con lo que se ve, guardar lo contemplado y, a la vez, darle significado, como apunta Roland Barthes (1992).

Aquello que resulta más fácil de conocer son los modelos interpretativos que aportan los medios de comunicación sobre las tragedias humanas, en especial las del campo de los asuntos penales, pues ahí la carga ideológica, los juicios de valor y los modelos cognitivos se hace más presente. Asesinatos, agresiones y delitos varios, todos productos del comportamiento individual, son las narraciones predilectas en la actual cultura periodística y refieren las aspiraciones de seguridad bajo la amenaza de la pena, la represión del Estado. Asuntos que movilizan a la Policía y la Justicia, donde el delito individual reina como el imaginario supremo de la inseguridad.

Los medios se fijan casi de forma exclusiva en los actos extremadamente violentos, preferentemente los asesinatos, aunque éstos sean los más minoritarios en las estadísticas criminales. Excepcionalidad que se ajusta perfectamente a una cultura periodística fascinada por lo extraño, lo exótico, lo misterioso, lo sorprendente; en definitiva, lo atípico del devenir social. Sobre esa *ruptura de la norma* se construyen los valores noticia. Hay un querer ver el delito como algo ajeno a la sociedad, que siempre debe sorprender y que nunca podemos aceptar-comprender, como ocurre con otros males sociales (así pasa con los accidentes de tráfico tan integrados en los riesgos que cotidianamente asumimos sin alarmismos).

Esta fijación se acentúa sobre aquellas acciones criminales para las cuales pareciera que no tenemos raciocinio o que resultan más enigmáticas en su desarrollo. Y los delitos sangrientos de tipo personal se ajustan a esa

categoría, en la mayoría de los casos. Misterio e incompreensión que también cultivan los propios medios resaltando los aspectos más oscuros de lo acontecido. Una operación que realizan de varias formas, en unos casos destacando las voces que manifiestan extrañeza o no entendimiento, que generalmente formulan familiares y vecinos atravesados por el dolor. En otros, cuando los propios detenidos formulan declaraciones extrañas y fuera de todo entendimiento, como ocurrió en mayo de 2005 cuando dos adolescentes mataron a una amiga en Cádiz. El diario *El País* tituló la información: “Las menores acusadas de matar a su amiga dicen que lo hicieron ‘como experiencia y para ser famosas’” (citado en *El País*, 30 de mayo de 2000). Importa menos la veracidad de esas declaraciones -pues efectivamente fueron realizadas ante la policía- como la carga de incompreensión que transmitían. Destacando el hecho en titulares, el medio otorgaba credibilidad a un argumento que nunca puede ser el motivo de un asesinato, ya que sólo una personalidad desequilibrada puede matar para conseguir lo dicho. El motivo sería la mente desequilibrada y nunca la ansiedad de fama.

También abonan la incompreensión de los acontecimientos trágicos cuando destacan los aspectos más oscuros del historial de los asesinos y la narración se construye con detalles de sensación expresados fuera de contexto. Así ocurrió el pasado mes de abril cuando un estudiante de 23 años mató a 32 personas en una universidad de Virginia. Los medios calificaron al joven de “tipo solitario” y “un chaval extraño”, se centraron en su historial desviado sin hacer apenas referencias al contexto de su vida, al hecho de cómo fue posible que su “locura asesina” no la detectaran ni la familia, ni los amigos, más allá de la facilidad con que compró las armas utilizadas. Para los medios resultó más noticioso cultivar los aspectos extraños de su historial que los contextos sociales que hicieron posible la matanza.

Este mecanismo de extrañamiento, de cultivar el enigma a modo de relato policíaco, resulta potenciado por la urgencia con que trabajan los medios de comunicación, que deben informar de los hechos a los pocos minutos de que éstos ocurran, cuando muchas veces todavía no hay una explicación certera y todo son hipótesis y suposiciones.

Constatamos cómo los medios construyen unos arquetipos del individuo peligroso que recuerdan las viejas teorías lombrosianas sobre la criminalidad. Presentan el acto desviado -sangriento o no- como un hecho que sólo remite al individuo y nunca a los contextos sociales, como si el

desviado nada tuviera que ver con nuestra sociedad. Su explicación no va más allá de la descripción detallada de la personalidad criminal.

Mediante las prácticas señaladas, juegan un rol clave en la endemonización de determinados problemas (Young, 2003). Magnifican el peligro de los individuos en conflicto con la ley penal, nos hacen creer que están marcados por el instinto violento. Construyen el arquetipo del individuo perverso ante el cual hay que activar las defensas sociales para combatirlo y expulsarlo de la comunidad. Sus relatos ayudan a formar la *sociedad de las cabezas de turco* a las que se refiere Ulrich Beck (1998), donde lo que provoca las intranquilidades no son las amenazas, sino quienes las ponen de manifiesto.

Los medios dirigen sus focos a unos actos trágicos mientras que dejan en penumbras otros, hablan insistentemente de los primeros y enmudecen los segundos. Conjugan griteríos y silencios en sus discursos sobre las tragedias sociales.

Ya referimos anteriormente los peligros que muestran de forma alarmista. El catálogo de los olvidos es extenso y podemos rastrearlos acercándonos al dolor que habita en los hospitales, cuando miramos de frente la cara de la muerte en los tanatorios, cuando prestamos atención a las injusticias sociales y, también, cuando interpretamos los datos estadísticos más allá de los simples números. Esos *peligros invisibles* producen más muertes que las violencias personales. El análisis de los datos así lo atestigua. Recientemente, un informe del Banco Mundial puso de manifiesto que cada año la contaminación atmosférica produce en China la muerte prematura de 750.000 ciudadanos (citado en *El País*, edición Catalunya, 4 de julio de 2007). En Catalunya una investigación realizada por la Fundación Bofill, en 2002, puso de manifiesto que 3.100 de las muertes que anualmente se producen en esta comunidad por causas naturales (aproximadamente 53.000 defunciones) estaban relacionadas con los desequilibrios sociales (citado en *El País*, edición de Catalunya, 17 de diciembre de 2002). Otro dato reciente: el Centro de Investigaciones en Epidemiología Ambiental reveló que al año se podrían evitar 1.200 muertes en el área metropolitana de Barcelona reduciendo los índices de contaminación del aire. Además, dice el estudio, se evitarían 12.100 casos de bronquitis aguda en niños, los ataques de asma se reducirían en 18.700 y habría 600 hospitalizaciones menos (citado en *El País*, edición de Catalunya, 20 de septiembre de 2007). Todo ello sin referir las muertes y el largo catálogo de enfermedades que

tienen que ver con las malas condiciones de seguridad en el trabajo. Más allá de esas muertes están los múltiples dolores crónicos que sufren muchas personas, y que según la Sociedad Española del Dolor afecta a 10 millones de españoles (citado en *El País*, edición de Catalunya, 3 de mayo de 2007).

Padecimientos invisibles en el discurso periodístico de las inseguridades. En definitiva, las fragilidades inmunitarias productos del reparto desigual de los flujos económicos y los desastres medio ambientales constituyen la mayor causa de muertes en el mundo. Males que parecen no tener responsables porque están amparados en leyes injustas, en políticas que desprecian la igualdad y en el *poder sin rostro* de multinacionales que actúan en la completa impunidad.

El espacio de la inseguridad que refieren los medios es parcial y sus fronteras han estado perfiladas por el discurso dominante, centrado en la protección de la propiedad privada. Apenas contemplan los riesgos que tienen que ver son la inseguridad en la salud, la inseguridad alimentaria, la inseguridad del medio ambiente, la inseguridad laboral... Una semántica del decir que nunca resulta una operación neutra. Los medios hacen algo más que un simple referir el mundo, con sus relatos continuados están proponiendo a la sociedad una definición *primaria de los hechos*, una forma de ver e interpretar. Refieren sobre todo los asuntos que movilizan al Sistema Penal, y de forma específica, a los cuerpos de policía. Una forma de ver los peligros que se ha formado históricamente desde las elites discursivas del poder, y que se han incorporado con fuerza poderosa al vocabulario y al imaginario colectivo.

Resulta paradójico que el olvido mediático de tales inseguridades se produzca en un momento de mayores desequilibrios y aumento de las desprotecciones sociales. El 24 de junio de 2007 el diario *El País* daba a conocer el último informe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (*Employment Outlook 2007*) donde se ponía de manifiesto que en España mientras los beneficios empresariales subían, el poder adquisitivo del salario medio bajaba un 4% entre 1995 y 2005. La nota periodística aportaba otro dato impactante: entre 1999 y 2006 los beneficios netos de las empresas habían crecido un 73%.

Desigualdades y desprotecciones que motivan las incertidumbre que Richard Sennett ha caracterizado como la corrosión del carácter, don-

de “la consigna ‘nada a largo plazo’ desorienta la acción planificada, disuelve los vínculos de confianza y compromiso y separa la voluntad del comportamiento” (Sennett, 2004: 31). Es la corrosión del carácter de las gentes, el debilitamiento que doblega la voluntad ante la falta de lazos sólidos tanto en el ámbito laboral como en las relaciones humanas. Una evaporación de las certezas que incide más severamente en los más débiles, los menos protegidos, aquellos que están en la periferia del sistema.

Estas formas de ver y comprender que aportan los medios se revela en los momentos actuales como un elemento que incide poderosamente en el clima de opinión pública y en las políticas criminales de muchos países, más guiadas por las *emociones ciudadanas* que por la opinión de los expertos. Así ocurre que los actores políticos reaccionan muy rápidamente ante los alarmismos mediáticos que, en la mayoría de las veces, están en los orígenes de los enojos ciudadanos. Se produce un círculo en el que los *medios*, los *políticos* y la *ciudadanía* se retroalimentan unos a otros hasta construir temores desproporcionados que acaban incidiendo en la legislación penal. Los ejemplos se repiten en todos los países bajo el mismo patrón.

A finales del pasado mes de agosto la prensa francesa comenzó a informar con titulares sensacionalistas sobre la violación de un niño de cinco años en la localidad de Roubaix, al norte del país. Pocas horas después de ocurrir los hechos fue detenido un pederasta de 61 años que un mes antes abandonó la prisión tras cumplir una condena de 18 años por violar a dos niños de 7 y 8 años. Más allá de la tragedia, las informaciones destacaron de forma alarmista que el detenido había salido “antes” de la cárcel tras haber cumplido la mayor parte de la pena y mostrar buena conducta, y que el médico de la prisión le había confeccionado la receta de Viagra encontrada en su poder. El *Caso Enis* se convirtió en portada de los noticieros, radios y prensa escrita, medios que andaban escasos de noticias por las vacaciones veraniegas. Todos transmitieron de forma sensacionalista el sufrimiento y el relato dramático de los padres que no paraban de insistir en la receta de Viagra y en la libertad “anticipada” del detenido.

El alarmismo mediático tuvo una influencia inmediata en la clase política. El presidente de la República, Nicolas Sarkozy, interrumpió sus vacaciones para convocar una rueda de prensa donde calificó los hechos de “drama espantoso” y anunció que impulsaría medidas legislativas para hacer posible la castración química de los pederastas.

El caso ejemplifica la contribución de los medios de comunicación a la expansión y el afianzamiento del llamado populismo punitivo, una forma de hacer política criminal fuertemente influida por el estado emotivo de la opinión pública o, cuando menos, por la *opinión publicada*. Vemos como los medios influyen en unos gestores políticos que se muestran muy permisibles a los mensajes que éstos difunden. Tan preocupante es dicha influencia como la debilidad de la clase política que temerosa a perder la confianza ciudadana reacciona de forma precipitada a las primeras señales de descontento, aunque éstas sólo se formulen en los medios.

Como han puesto de manifiesto diversos autores, las emociones colectivas han pasado a ser un componente de primer orden en las políticas criminales. Un fenómeno que ha ido parejo a su inclusión en el discurso político. No resulta casual que en los últimos cinco años el tema de la inseguridad ciudadana aparezca como uno de los ejes destacados de las campañas electorales. Apoyada en los alarmismos mediáticos se afianza una criminología, como apunta David Garland, que comercializa “con imágenes, arquetipos y ansiedades, en lugar de estar fundamentada en un análisis metódico y en los descubrimientos de la investigación científica” (Garland, 2005: 228).

Es así como muchas de las medidas englobadas dentro de la llamada *tolerancia cero* se ponen en práctica después de un tratamiento mediático intensivo, cuando no sensacionalista, respecto a determinados problemas sociales. Así ocurrió en el verano de 2004 en Barcelona después de que diversos rotativos iniciaran una campaña sobre la suciedad y la falta de seguridad en las calles de la ciudad. *El País* llegó a titular así uno de sus reportajes: “Más abandonada que insegura” (citado en *El País*, Edición Catalunya, 7 de agosto de 2004). La información no recogía datos de especialistas o conocedores del tema y se limitaba a mostrar las críticas y los enojos de los comerciantes y vecinos, muchas de ellas con un marcado acento xenófobo: “Es una vergüenza. Está muy mal cuidada, hay muchísima suciedad y olor a orines. Más que control, aquí hay presencia policial. La plaza está habitada por turistas, inmigrantes y algún que otro chalado”, rezaba en la información.

Uno de los rasgos comunes de las noticias fue que ponían más el acento en las consecuencias que en las causas, presentando a sus responsables como personas incívicas que deterioraban la imagen de la ciudad y la

convivencia ciudadana. Se recordaba más el malestar que provocaban que los padecimientos que sufrían, pues muchos eran personas que vivían en la calle por falta de recursos.

El impacto de la campaña mediática no tardó en reflejarse en la agenda política de las instituciones locales. Finalmente, el 23 de diciembre de 2005, el Ayuntamiento presentó una Ordenanza Cívica para hacer frente a las *conductas impropias*, que fue aprobada por todos los grupos políticos.

Estos casos ponen de relieve cómo difícilmente se ha podido construir el nuevo *ethos punitivo* de mano dura contra el delito y los pequeños desordenes callejeros sin el papel central que jugando los medios de comunicación en la visibilidad de los problemas sociales.

Resulta muy preocupante el constatar como los mensajes mediáticos se acaban convirtiendo en los mejores aliados de las políticas conservadoras en materia penal, ya que sus informaciones promueven entre la ciudadanía la indignación sobre la cual se consensúan y legitiman las políticas de mano dura. Como dice Garland, el sentimiento que atraviesa la política criminal “es ahora con más frecuencia un enojo colectivo y una exigencia moral de retribución en lugar del compromiso por buscar una solución justa, de carácter social” (Garland, 2005: 45). Las políticas de seguridad ciudadana están siendo guiadas por las brújulas mediáticas del miedo y el descontento ciudadano.

Hemos referido los arquetipos y los modelos cognitivos, en los que se expresa la ideología de forma más visible. Unas formas mediáticas de encuadrar e interpretar los riesgos sociales que se ajustan al discurso dominante. Escándalo ante unas violencias y silencio sospechoso ante otras. De ese discurso dominante participa la sociedad, como en otros tiempos lo hacía cuando contemplaba las ejecuciones públicas.

Pero las narraciones del delito aportan algo más que un determinado saber sobre los asuntos penales, también permite la experiencia individual y colectiva sobre otros aspectos que no tienen una relación directa con el derecho penal. Una experiencia que ya no proviene de la razón sino aquella que tiene como materia prima las sensaciones y los sentimientos.

3. SONDEANDO OTRAS LECTURAS: UN SENTIR PARA EXPERIMENTAR LO NEGADO

Las cuestiones apuntadas anteriormente no parecen suficientes para entender el éxito social de este tipo de narraciones. Igual que se preguntara Antonio Gramsci en referencia al éxito de la literatura policíaca (véase Gramsci, 1973), cabe preguntarse: ¿por qué este tipo de relatos son tan atractivos para amplias capas de la población? Aquí algunas ideas para sondear otras formas de análisis.

Una de las cuestiones sobresalientes es que se expresan en lo que hemos calificado como un *lenguaje de sentimiento* (Barata, 2003), dramatismo que quiere impresionar, seducir y motivar sensaciones en las audiencias. Reconocemos en ellos, con nitidez, la presencia melodramática tan característica de la cultura popular y que Jesús Martín-Barbero ha calificado como el filón que “hace visible la matriz cultural que alimenta el reconocimiento de lo popular en la cultura de masas” (Martín-Barbero, 1987). Impronta que detectamos en las primeras manifestaciones de la cultura popular escrita, como también en las primeras industrias culturales.

En el suceso trágico la forma de decir es tan importante como lo dicho, y ambos elementos se conjugan para hacer posible un espacio de experiencia que se escapa al pensamiento racional y que permite jugar con los límites. Narración que remite a lo incierto, lo maldito, lo prohibido, la muerte que acecha y los peligros presentes. Cadena de fantasmas y sueños que contiene las claves de un pensamiento primario que se activa más allá de los territorios racionales. Refiere siempre la ruptura de un universo reglado y adopta formas diversas: lo insólito, la transgresión de las leyes humanas, lo anormal, lo anómico...

Textos escritos o visuales que permiten a la sociedad el contacto con la violencia, con la muerte, con la transgresión, con las múltiples formas de lo anómico, con el mal que permea nuestra cultura y que se manifiesta en la agresividad, en el sufrimiento y el pecado, pues narra lo profano bajo la sombra de lo sagrado. Discurso profano del mal que nos habla de la parte maldita que refiere Georges Bataille (1987). Es, tal vez, el lugar colectivo más potente de escenificación del mal y de muchos de los rituales trágicos que la sociedad esconde. Como dice Norbert Elias en *La soledad de los moribundos*, la modernidad ha creado demasiada distancia respecto a la muerte, la esconde igual que se incomoda ante la expresión pública del

dolor; es un tabú y las personas ya no saben cómo relacionarse con los que sufren. No les damos el gesto solidario, la moneda de consuelo para que puedan viajar en la barca de Caronte. Ese vacío ha sido ocupado por las representaciones mediáticas, sucedáneo de la realidad.

Igual que los antiguos rituales, la visibilidad mediática actúa a modo de proceso vicario permitiendo el contacto con el sufrimiento humano, la otredad; el sentir y experimentar lo que está más allá, desde un espacio sin riesgo. Así contribuirían los medios a esa necesaria homeopatización de la violencia, del desorden y de la anomia que plantea Michel Maffesoli. Traen a escena la tragedia que la sociedad no quiere ver, y con ello contribuyen a marcar los límites y jugar con la transgresión, con la experiencia del mal. Permiten ver el sufrimiento negado. Como explica dicho autor, en esa acción habría que preguntarse “si estos ‘espléndidos asesinatos’ no tienen una verdadera función ética: cimientan el estar juntos”, y recuerda que Durkheim insistió en la importancia “de los ‘ritos expiatorios’: llorar colectivamente es también una manera de cimentar el lazo social. Ambivalencia de la muerte. ¡Ambivalencia fundadora!” (Maffesoli, 2005: 116). La experiencia del sufrimiento une, nos recuerda que sobrevivimos al mal que acecha. Voyeurismo social que, como también dice Maffesoli, puede considerarse el ojo del alma humana, donde “el estiércol sirve para hacer crecer”.

Los medios permiten visualizar lo trágico negado. La escenificación de la violencia se convierte así en un verdadero ritual (Imbert, 1992: 88), un lugar para mediar con los sentimientos íntimos y las angustias sociales. De alguna forma son los restos de esa ritualización de la violencia que plantea René Girard (véase Girard, 1985) y que en las sociedades arcaicas actuó como mecanismo que purificaba el cuerpo social. Rituales de violencia para ahuyentar la violencia, visibilidad de la crueldad para inmunizarnos de ella.

En muchos casos, la visibilidad de la muerte se muestra bajo las reglas del espectáculo. La prensa sensacionalista y algunos programas de televisión serían el mejor exponente: primeros planos de cuerpos deformados por la tragedia, exageración descriptiva, relatos que juegan con la ironía... Banalización del dolor que, como apunta Zygmunt Bauman en *Miedo líquido*, es una estrategia para hacer llevadera la conciencia de la muerte.

Más allá de determinadas críticas, hace falta coraje para plantear la representación de la violencia como un valor social. Es la *tajada del diablo* que plantea Maffesoli, difícil de reconocer en esta sociedad inmersa en un proceso civilizatorio, de asepsia, que reprime toda manifestación del sufrimiento. Estamos planteando que la representación de la violencia permite, a modo de catarsis, relacionarnos con la tragedia negada y actuaría como objeto sustitutivo de la violencia real.

En este ritual muestran los medios unas *víctimas propiciatorias*, que son preferentemente aquellas que entran en conflicto con la ley penal, desde los pequeños delincuentes hasta los asesinos seriales, y también la figura del otro que se construye sobre el extranjero. Una mediación que funciona a modo de *chivo expiatorio* que carga con las tensiones que hay en la colectividad.

El mecanismo de chivo expiatorio lo vemos funcionar en la realidad cotidiana, a veces ante pequeños conflictos grupales otras en tragedias colectivas como fue el linchamiento de los policías de Tláhuac. Sobre aquellos agentes proyectó el pueblo su ira por los años de impunidad policial, fue una venganza espontánea contra la autoridad y, tal vez también, por la hartura de vivir olvidados en la miseria. Sobre aquellos cuerpos inocentes estallaron de forma descontrolada las revanchas acumuladas.

El mecanismo del chivo expiatorio también lo activaron los medios al ofrecer las imágenes en directo del horror. El exceso, la violencia del relato mediático sirvió para que la sociedad mexicana se sintiera horrorizada por esas muertes y que indagara en su significado profundo.

Hay una explotación de los sentimientos trágicos por parte de los medios, pero también una necesidad colectiva de explorar el mundo con los sentidos.

Los medios permiten conjugar esa violencia de todos contra uno, sobre el que se proyectan las culpas sociales. Ofrecen un espectáculo de la violencia para santificar el orden social y prevenir “contra una violencia mayor, contra una muerte mayúscula” (Imbert, 1992: 145). Estamos planteando que los relatos trágicos actúan a modo de mecanismo derivativo absorbiendo otros sufrimientos y desdichas presentes en la colectividad, encauzando y ofreciendo un espacio de reconocimiento a otras emociones contenidas. Estas emotividades sirven para llenar el vacío dejado por la

desaparición de los rituales trágicos, donde los individuos podían expresar sus sentimientos. Semejanza con los grandes espectáculos de masas y sus funciones catárticas.

Creemos que esta forma de relación con el mundo se ha visto potenciada por el paulatino desprestigio de la palabra racional que, en el plano político, ha dejado de ser fuente de verdad. Cayeron los grandes relatos ilustrados y tras ellos emergen los discursos mágicos o el relato íntimo de las tragedias personales. Como si ante el descrédito de la palabra ya sólo quedara el sentir como forma de aproximarnos a la realidad, de conocer y conocernos. Sospecha en la palabra como en muchas de las realidades que nos envuelven, en este mundo de representaciones. Es la era del vacío que está siendo ocupada por cultura del yo, la vivencia de lo íntimo frente a la experiencia colectiva, el refugiarse en el mundo individual que se sintetiza en la pregunta: ¿cómo me encuentro? (véase Duch, 2000). Crece el interés por las vivencias íntimas en tiempos de incertidumbre.

Hemos referido como la atracción que generan los relatos sangrientos satisfacen determinadas demandas psíquicas con el lenguaje emotivo, unas formas de experiencia que no encuentran lugar en la palabra racional. También dijimos que dichos relatos están impregnados de valores ideológicos sobre cómo interpretar los problemas sociales. Ambos elementos serían parte constitutiva de la narración mediática de los acontecimientos trágicos.

Desde este planteamiento, podemos analizar los relatos de sangre como un lugar de mediaciones entre las ideas penales que emanan de las instituciones y el imaginario colectivo que surge de las creencias y los sentimientos acumulados. Una escritura del crimen que va más allá de la experiencia interior y muestra los códigos y los valores predominantes en la sociedad. No es casual que tanto en las informaciones periodísticas como en los productos de entretenimientos de las industrias culturales aparezca el hecho criminal referido siempre de una forma determinada: la guerra del Estado contra la delincuencia que amenaza la convivencia. Es la visión del poder respecto a los males sociales y los medios participan de ella proponiendo determinadas representaciones del mundo del delito.

Tales narraciones se alimentan de las tradicionales formas populares de expresión, pero no hay que ver en ellas una expresión de lo popular en estado puro, sino un lugar de encuentro donde se entrelazan, refuerzan

y rechazan los discursos sociales sobre el delito y los imaginarios violentos.

Son expresión de una búsqueda de experiencias individuales y colectivas para entender el mundo, pero sus usos institucionales van mucho más allá. Como ha puesto de manifiesto Bauman: “los miedos sociales están ahí y explotar su caudal aparentemente inagotable y autorrenovable para reconstruir un capital político diezmado es una tentación que a muchos políticos les resulta difícil resistir” (Bauman, 2007: 197).

El crecimiento de los relatos de sangre nos habla de una sociedad centrada en el delito y en ellos imperan las visiones más conservadora sobre la justicia y el castigo, muy útiles para la formación de los Estados securitarios donde las acciones penales han sustituido a las acciones sociales.

El discurso mediático es para amplias capas de la sociedad la experiencia más potente sobre los riesgos sociales y organiza y modela su percepción de los peligros. La *experiencia mediática* ocupa, en muchas ocasiones, el lugar de la *experiencia real*.

Más allá de la evasión y del sentir, los actuales relatos de sangre aparecen como la nueva servidumbre de patíbulo en la construcción de las sociedades excluyentes. Como dijera Vicente Verdú, la criminalidad “ha tomado el lugar de la explotación, la novela policiaca, el sitio de la historia social, el miedo, la plaza de la rebelión. En general, la población ha pasado de aspirar a algo parecido a una mudanza en la organización social a exigir algo parecido a una simple limpieza. Con que se limpian los bajos fondos, los misterios...” (citado en *El País*, edición Catalunya, 24 de junio de 1998).

Muestran conflictos y mediaciones sociales que cuesta reconocer. Género narrativo que entrelaza imaginario y realidad. Relato que interpela muy directamente a las regiones más oscuras de nuestra emotividad y nos enseña acerca del mundo del delito, de aquellos que operan en sus territorios, activando, además, las múltiples angustias que nos acechan.

BIBLIOGRAFÍA

BARATA, Francesc (2003): “El tratamiento mediático del conflicto”, en *Conflicto en un mundo plural. III Seminario de ciencias sociales y humanas*. Barcelona: Instituto Catalán de Cooperación Iberoamericana, pp. 217-230.

BARTHES, Roland (1992) [1980]: *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós.

BATAILLE, Georges (1987) [1949]: *La parte maldita*. Barcelona: Icaria.

BAUMAN, Zigmunt (2007): *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.

BECK, Ulrich (1998) [1986]: *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

BUCK-MORSS, Susan (1995) [1989]: *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*. Madrid: Visor.

DUCH, Lluís (2000): “Els valors, entre fonamentalisme i «nova era»”, *Trípodos*, Facultad de Ciencias de la Comunicación Blanquerna, n° 9, pp. 11-30.

GARLAND, David (2005) [2001]: *La cultura del control. Crimen y orden social en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Gedisa.

GIRARD, René (1985): *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.

GRAMSCI, Antonio (1973): *Cultura y literatura*. Barcelona: Península.

IMBERT, Gérard (1992): *Los escenarios de la violencia*. Barcelona: Icaria.

IMBERT, Gérard (2004): *La tentación de suicidio. Representaciones de la vida e imaginarios de la muerte en la cultura de la posmodernidad*. Madrid: Tecnos.

MAFFESOLI, Michel (2005) [2002]: *La tajada del diablo. Compendio de subversión posmoderna*. México: Siglo XXI.

MARTÍN SERRANO, Manuel (1977): *La mediación social*. Madrid: Akal.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987): *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gustavo Gili.

SENNETT, Richard (2004) [1998]: *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

THOMPSON, John B. (1998): *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.

TURGUENIEV, Iván (1999) [1870-1874]: *La ejecución de Troppmann. Los nuestros me han enviado*. Barcelona: Plaza & Janés.

YOUNG, Jock (2003) [1999]: *La sociedad "excluyente". Exclusión social, delito y diferencia en la Modernidad tardía*. Barcelona: Marcial Pons.

WEILL, Georges (1994): *El Periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*. México: Limusa.

PARA CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:

BARATA, Francesc (2008): "El relato criminal como escenario de valores y lugar de reconocimientos", *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, nº 3, segundo semestre de 2008, pp. 19-40. ISSN electrónico: 1989-0494. Universidad Complutense de Madrid.

Disponible en: <http://www.ucm.es/info/mediars>

^(*)El autor

Francesc Barata es doctor en ciencias de la comunicación y profesor de la Universidad Ramon Llull, URL (Barcelona), como también profesor del Graduado en Criminología de la Universidad de Barcelona, UB, y del Master Europeo Sistema Penal y Problemas Sociales. Antes de entrar al mundo académico trabajó durante doce años de periodista en diversos medios, entre ellos *El Periódico*, *El Observador* y *La Vanguardia*. En la última década se ha dedicado a la investigación del tratamiento periodístico de la violencia criminal y en el año 2002 presentó su tesis doctoral *La mirada periodística sobre el delito*. Ha sido investigador invitado del Instituto Nacional de Ciencias Penales de México y conferencista en numerosos países del ámbito latinoamericano. También ha tomado parte en diversas investigaciones financiadas por organismos oficiales. Es coautor de media docena de libros, entre los que destacan *La violencia en la mirada* (Papers d'ESTudi, 2001) y *Sistema Penal y Problemas Sociales* (Tirant lo Blanch, 2003). Entre sus publicaciones académicas cabe citar “Las nuevas fábricas del miedo” (*La protección de la seguridad ciudadana*, The International Institute for the Sociology of Law, 1995) y “Mas media y criminalidad en la sociedad del riesgo” (*Trípodos*, extra 2003).